

Intervención de D. JOSÉ TUDELA ARANDA, *Letrado Mayor de las Cortes de Aragón y codirector del libro Derecho de las Instituciones Públicas Aragonesas.*

Hoy, 29 de noviembre de 2001, debiera ser la voz de Manuel Giménez Abad la que explicase la razón de ser de un nuevo libro, de un nuevo estudio sobre el Derecho aragonés. Hoy, 29 de noviembre de 2001, un grupo de amigos debiéramos reunirnos para algo siempre festivo y esperanzador como es la presentación de un libro. Sin embargo, ello no puede ser. Desde la oscura tarde del 6 de mayo, su voz no puede ser oída. Por ello, estas palabras, que debieran explicar las razones que llevaron a un grupo de profesionales del Derecho a estudiar y describir las Instituciones que más próximas les son, sólo pueden ser palabras de elogio. De elogio del ciudadano Manuel Giménez Abad.

De la herencia clásica llega una voz que advierte: «Aquel que no participa en la cosa pública no lo tenemos por un incapaz sino por un parásito». Las sabias palabras, constituyentes de nuestro ser político, fueron guía de Manuel Giménez Abad. Su voluntad de servicio a la comunidad no tuvo tregua. Servicio a una comunidad de hombres libres, a una comunidad sólo posible por la recta observancia de unas reglas que son ley y Derecho. Servicio desde la inteligencia, desde el rigor de aquel que conocía bien el caro precio de la libertad. Pero también desde el compromiso. Desde el deseo de ser el primero en contribuir a paliar los defectos que era el primero en denunciar. Sólo así puede entenderse que un día abandonase los despachos de los poderosos Ministerios madrileños para embarcarse en la entonces arriesgada aventura de la autonomía. O que cuando había asentado su posición en esa autonomía, y contribuido relevantemente a sus inicios administrativos, atendiese la llamada del Parlamento. O que cuando más plácidas podían serle las aguas de este bello edificio, las abandonase para aceptar los retos siempre difíciles de la política activa, renunciando a un anonimato que era parte de su ser.

Manuel Giménez Abad dejó este edificio pero nunca abandonó el Parlamento. No lo abandonó como Consejero del Gobierno de Aragón. En el banco azul que tantas veces había observado desde la distancia y el interés profesional, se sentó para, fiel a sus convicciones, facilitar el control del Gobierno y propiciar la colaboración entre todos los Grupos de la Cámara. Y al Parlamento volvió con la primera de las responsabilidades, con el mayor de los honores, ser Diputado, ser representante de los ciudadanos, de los que le votaron y de los que no le votaron. Hoy, los que fuimos sus compañeros, estamos orgullosos de haber contribuido a que uno de los espacios que en esta casa sirven para hacer de la palabra, señora, lleve su nombre. Manuel Giménez Abad fue, en su vida pública, Parlamento, y así llegará a hombres y mujeres que hoy no conocemos.

Mas quizá sea este libro que hoy se presenta el mejor reflejo de la persona que sus amigos nunca olvidarán. Un libro es algo modesto en esta sociedad de fiesta y alharaca. Pero siempre habla. Su voz no es callada ni por el más estruendoso de los ruidos. Y hoy este libro habla sobre el sonido sordo y ciego de las balas de aquel 6 de mayo. Habla para recordar que

Manuel Giménez Abad era capaz de ejercer las máximas responsabilidades políticas sin olvidar su voluntad de estudio y crítica. Habla para recordar que Manuel Giménez Abad era amigo y colaborador de todos, sin conocer de otra frontera que el cariño y la lealtad que la honestidad exige. Habla para recordarnos, en fin, que Manuel Giménez Abad era un hombre profundamente enamorado de esta tierra, Aragón.

Convencido de sus potencias, consciente de que sólo desde el trabajo y el rigor podía ayudar a su desarrollo, huyó de nostalgias y lamentos, para no separarse nunca de sus cielos y montañas, sabedor de que separarse de Aragón era separarse de sí mismo.

Publicar un libro es aceptar ser esclavo de sus palabras. Sus compañeros y amigos que hemos escrito en este libro aceptamos ser esclavos de las palabras de compromiso, libertad y cariño que lo atraviesan. Hoy, este volumen que presentamos, no es sólo un libro. Son páginas rebeldes y vivas, expresión de la firme convicción de que las palabras son la fuente donde saciar la última sed.

Manuel Giménez Abad siempre adoptó sus decisiones públicas guiado por la razón, convencido de que quien actúa guiado por la razón adquiere la superioridad suprema sobre aquellos que no conocen otro valor que la fuerza. Él sabía que los hombres no son dioses ni animales, que por ello necesitan vivir en comunidad. Sabía que sólo el Derecho podía hacer que en esa comunidad los hombres fuesen hombres. No más. Pero suficiente para alguien que siempre miró entre la nostalgia y la admiración los salones de la Ilustración. En ese convencimiento fundamentó su pasión por el Derecho, por la Ley. En un Derecho y en una Ley que, por fin, habían hecho libres a los ciudadanos de su país. Por ello, sin duda, asumió el reto de gobernar esa comunidad. Porque, para un ciudadano, pocas cosas hay más sugerentes que regir a hombres libres. Porque nunca buscó gloria, sino verdad.

Manuel Giménez Abad no ha podido acabar su particular viaje. Sus montañas siguen por descubrir. Él nunca habría querido enseñarnos que las tinieblas no tienen corazón, que sólo el hombre hace del dolor, hielo. Nada más lejano a su voluntad. Pero algunos hombres han querido que sea así. Nos duele hasta los huesos. Pero el silencio de las balas no será tumba de ninguna palabra. Quienes quisieron hacer ceniza del fuego, hielo del agua, sepan que han fracasado. Aquí estamos. Aquí están las palabras de Manuel Giménez Abad. Palabras que requieren de vientos y lluvias que las levanten por todos los cielos. Palabras para abrir, llaves para la oscuridad.

Nunca brindaremos por un mundo grosero, por los ojos fríos del silencio. Brindaremos por la sonrisa y la palabra, por un grito de libertad y razón que detenga todas las serpientes. Manolo amaba los abismos y creía tener alas. Pero le fallaron aquellas que nunca debieran fallar en un país libre. Nosotros no escribiremos el poema de la tristeza, ni siquiera la leyenda del dolor. Pero no demandéis por el vacío, por el color blanco del silencio. No habrá silencio. Siempre habrá palabras. Seguiremos escribiendo palabras antiguas, palabras que enseñan que el viento se lleva el miedo y el dolor.

Sabemos que Manolo volverá del laberinto con velas blancas. Y si no tenemos mares a los que poner su nombre, lo haremos a sus montañas, aquellas que otros hombres descubrirán, aquellas que se doblaron ante tamaña pena.

Aquel 6 de mayo supimos que había llegado el momento de rectificar al viejo Rector de Salamanca. No convencerán porque no tienen razón ni derecho. Pero tampoco vencerán. Porque siempre habrá en las llanuras de Marathon ciudadanos dispuestos a defender la libertad.

Manolo, gracias por todo.

A todos ustedes, muchas gracias.